

LINA MARCELA GONZÁLEZ GÓMEZ

Un edén para Colombia al otro lado de la civilización. Los llanos de San Martín o territorio del Meta, 1870-1930.

Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015. 516 páginas.

Lina Marcela González Gómez llama la atención acerca de la manera indiscriminada o generalizante como hemos tratado “la frontera de los Llanos” y el territorio de la Orinoquía sin advertir expresamente los “límites” históricos y socioculturales que, efectivamente, diferencian el “territorio” de Casanare y el “territorio” de San Martín, y, en fin, las diferencias existentes en la Orinoquía en virtud, precisamente, de procesos históricos diferenciados, más allá de las diferencias geográficas. Este es uno de los aportes valiosos de esta obra.

Resulta, entonces, satisfactorio recorrer la obra de Lina Marcela González. Esta es un trabajo analítico de “largo aliento” que plantea y enfrenta un conjunto de problemas teóricos, conceptuales y socio-espaciales con base en los más ricos y diversos ingredientes de fuentes documentales primarias: de viajeros, de misioneros, de exploradores, de agentes gubernamentales locales, regionales y nacionales, y, por supuesto, de fuentes bibliográficas pertinentes. Quiero destacar, entonces, el fructífero peregrinaje de la autora por los sinuosos caminos de lo “regional” y de la o las “fronteras” internas.

El capítulo II de la primera parte, “Aproximación a los estudios sobre el te-

rritorio”, es un meticuloso peregrinaje, mediante el cual la autora reseña, comenta e introduce el apreciable y pertinente universo de trabajos y publicaciones arqueológicas, antropológicas, lingüísticas, históricas, económicas y etnohistóricas acerca de los sistemas adaptativos prehispánicos de grupos indígenas cazadores recolectores y horticultores. La autora hace especial énfasis en los trabajos de tesis y otras investigaciones, incluidos los trabajos de distinguidos arqueólogos como Dolmatoff, Mora y Cavelier, dedicadas al análisis del sistema económico y social de los guahibo, los sistemas adaptativos en las sabanas y en el piedemonte, las expediciones de límites entre los Reinos de España y Portugal con énfasis en la historias del Alto Orinoco, los procesos tempranos de ocupación territorial en el Alto y Medio Orinoco, los movimientos de colonización e impacto sobre las poblaciones nativas, las misiones católicas y protestantes (especialmente el trabajo evangelizador de Sophie Müller y el Instituto Lingüístico de Verano) y las relaciones interétnicas.

Lo mismo hace con los trabajos históricos, en especial, los relacionados con los “Llanos de San Martín o territorio del Meta”, en particular aquellos de historia local y regional, así como la historia de las

misiones de la Compañía de Jesús (en la que por cierto destaca, con justicia, la vasta obra del padre José del Rey Fajardo). La autora también dedica esfuerzo a evaluar los trabajos relativos al modelo económico de las haciendas jesuitas, a los de los auges de ciertos productos que configuraron episodios característicos de las economías extractivas y, por supuesto, a los dedicados al establecimiento y fomento de la ganadería extensiva en la región.

Llama la atención, dentro de este juicioso balance bibliográfico e investigativo, la apreciación acerca de los simposios de historia regional de los Llanos, puesto que, de acuerdo con la autora: “una lectura detenida de los materiales recogidos en estos simposios permite decir que allí se encuentra una historia contada que continúa siendo una historia por explicar” (113), y más adelante agrega que los “simposios tienen mucho relato y poca investigación” (115), así como “muy poco alcance argumentativo y explicativo sobre los procesos que incidieron en la configuración de la región” (115). Como quiera que sea, la autora elaboró una muy útil síntesis de ponencias presentadas durante veinticuatro años sobre el tema.

González Gómez cierra este meticuloso trabajo de revisión bibliográfica con la presentación de investigaciones y publicaciones acerca de los nuevos campos y enfoques investigativos surgidos en los últimos años, entre los que, además de valiosos trabajos sobre tipos, razas o etnias, se destaca *El revés de la*

nación de Margarita Serje, que constituye un faro conceptual y metodológico que en un futuro cercano iluminará la investigación y el análisis del pasado, el presente y el futuro de los llamados, por entonces, territorios nacionales.

Dada la magnitud de la obra objeto de esta reseña y de los múltiples problemas que aborda, surgen en el lector preguntas y reflexiones que estimo procedentes. La autora recurre al concepto de “ciclo” para proponer, en realidad, una periodización que sirva de guía para la comprensión “de una ocupación discontinua del espacio” (29). Si recurrimos, en sentido estricto, a la semántica del término (“conjunto de una serie de fenómenos u operaciones que se repiten ordenadamente”), estimo, entonces, que este no es apropiado y que, más bien, podría pensarse en los conceptos de periodización o ritmos temporales regionales como alternativas. Asimismo, podría considerarse, por lo menos para la historia específica de los llanos del Casanare, que el “ciclo dos” se extendiera desde 1586 hasta la expulsión de los jesuitas en 1767, lo cual corresponde a un cambio social, económico y de transformación territorial regional drástico. Sin duda, los ciclos propuestos por la autora serán motivo de muchas polémicas y, por tanto, es de suponer que en el futuro esa periodización se reconsiderará a medida que la investigación histórica y sociocultural profundece sobre ciertos aspectos que, a mi manera de ver, y especialmente para el siglo XIX, no se han profundizado suficientemente,

o cuando se avance en el conocimiento de áreas específicas de la Orinoquía que hoy están poco exploradas históricamente por diversas razones, incluso políticas y económicas, como es el caso del actual departamento del Vichada.

De acuerdo con la autora, el “Edén” o paraíso al “otro lado de la civilización” en que se fue constituyendo el “territorio de San Martín” tuvo también otro rostro en las imágenes e imaginarios que se fueron construyendo acerca de ese espacio a finales del siglo xix y en las primeras décadas del siglo xx. Se trata específicamente de “los Llanos de San Martín o territorio del Meta” como el lugar más adecuado para la creación de colonias penales, de lazaretos o “leprocomios” y, en general, como espacio ideal para el confinamiento y refugio de los perseguidos, para los convictos y exconvictos, y para toda aquella clase de “vagos” y “malentretenidos” que nos hacen recordar personajes de *La vorágine* como Arturo y Alicia, quienes, escapando de la justicia, buscaron refugio en los Llanos.

Es procedente, entonces, expresar que si bien surgieron sobre los “Llanos de San Martín” o el “territorio del Meta” imágenes positivas como la de “Edén” y “tierra de promisión”, entre otras imágenes antiguas y coloniales como la del territorio “despoblado”, el “país habitado solo por indios gentiles” (que bien pueden leerse en la cartografía histórica del Meta, AGN. Sección mapas y planos. Mapoteca 4. Ref 680A) o la “tierra incógnita”, también existieron imágenes como “tierra de salvajes y

caníbales” que persistieron históricamente acerca de este mismo territorio. Esas imágenes, que fueron formando una especie de estratigrafía, no desaparecieron con el tiempo, sino que, en mi criterio, se mantuvieron latentes y, según los contextos políticos, ideológicos y económicos específicos, resurgieron, a tal punto que hoy se puede afirmar que muchas de esas imágenes de canibalismo (a propósito del “encuentro” con los nukak), salvajismo, barbarie, e incluso de “zona roja”, aún persisten y se siguen reproduciendo. También es preciso decir que hoy se mantiene una frontera bélica móvil debido a los avances y retrocesos de la insurgencia y del paramilitarismo en el marco del conflicto armado interno.

Asimismo, deseo llamar la atención acerca de las políticas y procesos de integración de las regiones de frontera. Desde mediados del siglo xix y hasta bien avanzado el siglo xx, la “civilización de los salvajes”, “la búsqueda del progreso”, la “defensa territorial” y de la soberanía nacional frente a las amenazas de países vecinos fueron factores fundamentales en torno a los cuales, de modo implícito o explícito, se construyeron, proyectaron y justificaron las más diversas propuestas para la integración de la frontera de los Llanos. Algunas de estas estrategias fueron el estímulo a la inmigración extranjera; el establecimiento y fomento de las misiones religiosas católicas; las políticas de difusión e imposición de la “lengua nacional” entre los indígenas reducidos; el establecimiento de colonias penales, agrícolas y militares y de

“núcleos industriales”; la introducción de “cultivos coloniales” (plantaciones de palma africana, algodón o café, entre otros); el estímulo al establecimiento de familias de colonos de otras regiones colombianas; la creación de “instituciones” civilizadoras (colonia militar, misión y grupos de intérpretes) y la apertura de trochas y caminos.

Ha sido necesario, hasta aquí, llamar la atención acerca de esas propuestas planteadas para la integración de los Llanos de San Martín y de otros “territorios nacionales”, incluido el Vichada, pues considero que si bien es cierto que hasta los años treinta del siglo pasado las llanuras del Vichada, imaginadas “vacías” y “desiertas”, hacían parte de una geografía que el Estado central no alcanzaba, resulta necesario manifestar que ese Estado central intentó generar políticas y desarrollar actividades específicas con el propósito de integrar, durante las primeras tres décadas del siglo xx, este territorio. Es necesario volver a recordar, por ejemplo, que apenas iniciándose el siglo xx, en 1901, y prácticamente dentro del contexto de la guerra civil de los Mil Días, el Estado colombiano destacó una comisión para el reconocimiento de todo el Orinoco colombiano, e incluso esa comisión también se encargó de la verificación de los límites con Venezuela en aquellos territorios.

He mencionado la existencia de estas expediciones y comisiones con el propósito de expresar que el Estado

central sí intentó desarrollar políticas para hacer presencia en nuestras fronteras del Orinoco. No obstante, los contextos político-fronterizos impidieron, en mi criterio, que su presencia en el Vichada fuera más efectiva y permanente; me refiero, específicamente, al riesgo de perder el Putumayo desde el año 1903, cuando se empezó a conformar la Casa Arana. Téngase en cuenta que, precisamente, en ese mismo año se había perdido Panamá, lo que había causado un profundo sentimiento de frustración entre muchos de los sectores sociales del país. El Estado central colombiano, las autoridades de Bogotá, tuvieron permanente información confidencial entre 1903 y 1910 sobre lo que estaba sucediendo en el Putumayo, pero también tuvieron información permanente sobre las incursiones de brasileros al Vaupés y de venezolanos al Vichada con el propósito de capturar indígenas masivamente para conducirlos como esclavos al Brasil o a Venezuela, en este último caso, mediante la injerencia, violenta y cruel, del “terrible Funes”.

José Eustacio Rivera informó detalladamente de este tráfico en el Vichada y, precisamente, él mismo lo describió en el informe oficial, pero también en su obra *La vorágine*; Rivera reportó casos como el de Barrera, quien condujo hasta Brasil a 72 familias que vendió como esclavos. Con estos comentarios no quiero más que llamar la atención acerca del interés que en su momento

pusieron las autoridades centrales en la defensa de la soberanía nacional, aún en regiones tan distantes e incomunicadas de los llamados “territorios nacionales”. En otras palabras, considero que la atención y los esfuerzos de las autoridades centrales se concentraron enormemente en defender el Putumayo y, quizás, esta defensa hizo que fueran menores los esfuerzos para proteger los territorios colombianos frente al avance de los venezolanos en el Orinoco.

En el futuro podríamos profundizar más en la historia de las regiones de frontera o los “territorios nacionales”, así como en las políticas del Estado central frente a ellas, y lo expreso porque tengo la esperanza que, más bien temprano que tarde, podamos acceder a la documentación original del Ejército y de las Fuerzas Armadas colombianas. Esta información promete ser valiosa para evaluar muchas de las políticas y acciones fronterizas realizadas por el Estado, y en especial por las Fuerzas Armadas, en esos “territorios nacionales”. Permítaseme mencionar, así sea brevemente, la expedición del teniente Rafael Thomas, miembro del Ejército colombiano, quien, vestido de “paisano”, realizó secretamente, en el año 1911, un arduo recorrido desde Bogotá, pasando por Villavicencio, San José, Calamar, con destino a La Pedrera con el propósito de establecer una ruta posible para el suministro de víveres y armas a los miembros de la gendarmería.

ría establecida en La Pedrera donde, en ese mismo año, sufrimos un fatal ataque de “los Peruanos” (en realidad de los esquadrones armados de la Casa Arana).

Con estos comentarios no quiero más que compartir algunas de las inquietudes y reflexiones que me suscitó la lectura de tan importante texto, cuya edición también destaco, puesto que se ha tenido el cuidado de incorporar la vasta y riquísima documentación y cartografía pertinente.

AUGUSTO JAVIER GÓMEZ LÓPEZ, PHD

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá